



LOS AMORES DE UNA SANTA

CARTA PRIMERA

EL AUTOR Á FLORENTINA

El Autor escribe á Florentina, á quien sacó de un convento por encargo de su familia, para que le dé noticias de una monja misteriosa, llamada Carmela del Castillo, la cual entre la comunidad gozaba de opinión de santa.

I

Por esta que te escribo, Florentina, verás que, fiel á mi galante historia, no es tu nombre, como otros, una ruina que en el polvo enterré de mi memoria.

II

¿Te acuerdas? Soy aquel que, si no miente el cronicón de las memorias mías, te amó, más bien ausente que presente, uno.... dos.... justamente.... te amó un año, dos meses y tres días. ¡Yo amar! ¡yo amar! No sé cómo te diga que aquel joven de ayer ya es un anciano que para ir á buscar á alguna amiga se apoya en la pared con una mano! Y aunque echo mal la cuenta de los años que escondo, y después que he cumplido los sesenta dí una vuelta en redondo volviéndome otra vez á los cuarenta, es lo cierto que hoy día, si he de hablarte en conciencia, soy un viejo, muy viejo en la apariencia, y en realidad más viejo todavía; y del mundo aburrido, al marcharme á morir en el olvido, renuncié á los placeres,

del todo arrepentido de haber siempre querido con algo de mal fin á las mujeres.

III

Aun recuerdo la insólita ventura del día en que, al sacarte de clausura, dejando mi virtud acrisolada, te entregué á tus parientes bella y pura, es decir, sana, salva y perdonada. ¡Con qué honradez y natural sosiego te acompañé aquel día, aunque era en julio, y de emociones ciego al marchar junto á tí, me parecía un rescoldo la tierra, el aire fuego! Hoy de seguro causara tu espanto el que un galán que te admiraba tanto no te hablase de amor, ni mucho menos, y eso que, al verte, pecaría un santo, á no ser algún santo de los buenos.

IV

Ya sé que te han contado que, en mis vicios constante, como eterno estudiante, continúo obstinado en buscar á la gloria un consonante, procurando en mis versos, como Dante, gustar á las mujeres del mercado;

y que, mal rimador y vil prosista, por la bondad de mi feliz estrella, aunque indocto humanista, siempre es el arte mi pasión más bella, y eso que soy, como moderno artista, un soldado de honor racionalista que muere por la gloria y no cree en ella. ¡Sí! mientras voy con el mayor cuidado, entre burlas y veras, de mi antiguo tejado tapando las goteras con trozos de papel en que he trazado las más santas quimeras, de mis días risueños va cortando las alas de los sueños la maldita razón con sus tijeras. Y por eso, ya incrédulo ó cansado, para no ser ó preso ó excomulgado, voy sorteando á la iglesia y al gobierno, poniendo con cuidado un pie en lo temporal y otro en lo eterno.

V

Mas, suponiéndote harta de oír tanta miseria, para acortar mi carta, dejando todo exordio, entro en materia: después de tu salud, saber deseo la historia de una Sor que, según creo, á un joven militar rico y honrado le dejó tan plantado como yo, cuando vuelvo de paseo, me dejó las acacias en el Prado. ¿Cuál era el nombre de la monja aquella? ¿Era fea? ¿Era bella? Quiero hacer un poema de su historia, ya que hoy topé con el recuerdo de ella en un viejo rincón de mi memoria. En el solemne día en que fui á romper con honra mía por orden de tus padres tu clausura, cuando acaso envidiando tu ventura todo un corro de monjas me veía con esa candorosa bobería con que contempla un aldeano á un cura, — ¿Quién me daría un libro? — de repente grité al corro embobado y reverente. Y una monja, cubierta con un velo, solícita á mi anhelo, — ¿De qué clase? — me dijo cortésmente con el aire triunfal de una romana, — La clase me es del todo indiferente, — me atreví á replicar; — pues solamente suelo leer para dormirme, hermana. —

Y al volver con dos tomos en la mano, me dijo, hecha una sabia, de este modo: — ¿Queréis un libro místico ó profano? — Me es igual, contesté, todo está en todo. — Pues si todo está en todo, ahí va cualquiera, me replicó, arrojándome una *Guía* con la acre mansedumbre de una fiera. Y al irme yo á quedar, mientras leía, dormido como un santo de madera, oí que te decía: — A ese ilustre jumento que ha venido á sacarte del convento, le son indiferentes, por lo visto, el Angel sin igual de las escuelas, la *Imitación de Cristo*, ó el *Arte de tocar las castañuelas*.

VI

¡Jumento! Fué muy justa su sentencia, pues aunque yo, sin lágrimas, lo lloro, de moral y de ciencia en la humana experiencia hallé tan gran tesoro, que será un pozo de virtud y ciencia el que llegue á saber lo que yo ignoro. Mas, respondiendo al juicio que hizo de mí la Sor ultra-dengosa con sus aires de reina en ejercicio, hoy en verso y en prosa le probaré que ella es, más que otra cosa, una monja cansada de su oficio. ¡Ah, no! No es de un jumento la existencia del que en larga, aunque estéril enseñanza, bebió el opio del arte y de la ciencia; y que, al fin, cada grano de experiencia le ha costado cien onzas de esperanza, y además mil arrobas de paciencia!

VII

¡Adiós! ¡adiós! y espero que me pruebes que aun cuentas como amigo á aquel bribón que cometió contigo el cuerdo error de unas locuras breves; el que tanto te quiere y te ha querido, que soñó una mañana que se echaba por tí de una ventana quedando, si no muerto, mal herido; que á Dios le pide y conseguir espera que convierta tu invierno en primavera, mientras él, moribundo, combate con paciencia verdadera la gota, esa constante compañera de todos los felices de este mundo.

VIII

Oye esto bien: de todas mis amantes,
sólo de tí me acuerdo;
y es que ya, como el héroe de Cervantes,
después de vivir loco, muero cuerdo.
Pero antes de ser cuerdo, locamente

con el candor de un niño
hoy beso con cariño
el pedazo de cielo de tu frente;
pues créelo, vida mía,
desde que te idolatro
de las horas del día
duerme doce, y te quiere veinticuatro,
tu amigo y algo más, *Ramón María*.

CARTA SEGUNDA

FLORENTINA AL AUTOR

Florentina, la ex-novicia, le remite al autor las cartas de Carmela, la monja protagonista del poema.

I

¿Recuerdas la persona
de la gran Catalina?
Pues eso es hoy tu amiga Florentina:
fea, adulta, pequeña y gordinflona.
Soy ya la más vulgar de las mujeres,
é indigna de tus frases ardorosas.
¡Tú amar! ¡tú amar! Hasta creeré, si quieres,
que, aunque no un genio en tus ficciones, eres
un poeta de acciones generosas;
pero siempre diré que son mentira
tus viejas ilusiones amorosas.
¡Amar cuando la vida se retira!...
¿No he de dudar un poco de estas cosas
yo que leí las *Ruinas de Palmira*?

II

¡Infiel! aunque lo dudes,
nunca he sido á tu amor indiferente;
y como sólo soy por mis virtudes
una mujer de hielo exteriormente;
hoy mismo, al comentar tus desatinos,
turbada y con más fuerza que donaire,
agito el abanico, haciendo un aire
que podría mover cuatro molinos.
¿Tú amarme? ¿Será cierto?
De escucharlo, mi frente soñadora,
que vive aún sobre mi cuerpo muerto,
con su espíritu árabe está ahora
en lo más abrasado del desierto;
y aunque soy virtuosa
como una actriz que hace el papel de santa,
no extrañaré que, extática y nerviosa,
me dé una amigdalitis amorosa
que me extinga la voz en la garganta,

al ver cuán cariñoso y cuán risueño
me recuerda mis tiernas alegrías
aquel que, siendo el dueño
de las entrañas mías,
fué de mis noches el constante sueño
y la ambición eterna de mis días.

III

¿Con que por burla singular del hado
ya es la cara del hombre que me escribe
un espejo empañado
que no vuelve la imagen que recibe?
El tiempo á nuestra edad no pasa en vano;
tu vejez á la mía sobrepuja;
mas yo en mal genio y fealdad te gano.
Si todo hombre, ya viejo, es un anciano,
toda mujer puede acabar en bruja.
No me causa extrañeza
que un cuerpo tan traído y tan llevado
parezca en lo averiado
que ha servido á otras almas de corteza.
Pero ¿y yo? pero ¿y yo? Si tú eres viejo,
á mí me desconsuela
el mirar que mi cara en el espejo
ya parece el reflejo
del rostro octogenario de mi abuela.

IV

Como te iba diciendo,
recuerdo con tristeza
la tarde aquella en que te estaba viendo
recostado en un poyo, y cometiendo
el pecado mortal de la pereza.
El dormirse leyendo

VI

será muy natural; pero ¿qué quieres?
es uno de los casos más extraños
ver á todo un Prefecto, de treinta años,
roncando en un convento de mujeres.
Mas, haciendo á tus méritos justicia,
declaro que, en la tarde de que te hablo,
probaste á la malicia
que puede vigilar á una ex-novicia
el ángel de la Guarda, en vez del diablo.
¡Honor á tí, que, ardiente y en verano,
en la ocasión suprema,
ni intentaste besar mi blanca mano,
aunque en las luchas del amor humano
encontráis natural, dado el sistema,
que se coma á una tórtola un milano!

V

Pensé en tí muchos meses. Pero un día
me amó un primo artillero;
y como soy una mujer que fría
pongo en mis ojos el amor que quiero,
con mezcla de cristiana y de judía
me casé con el primo y su dinero,
porque aprendí de una mujer astuta,
que, aunque sea del todo verdadero,
nunca es muy duradero
el amor que bebe agua y come fruta.
Pero ¡ay! muerto mi esposo, me contaron
que alguna vez, para aliviar sus penas,
sus ojos ¡ah traidor! se equivocaron,
y á menudo miraron,
en vez de su mujer, á las ajenas.
Mas ¿qué ley autoriza estos horrores?
A todos tus lectores
les gustan las enormes pecadoras;
y, en cambio, tus lectoras
se prendan de los grandes pecadores;
lo que prueba que somos en amores
número igual traidores y traidoras.
Por esto, escarmentada, no he podido
caer en la torpeza
de volver al altar, pues ya he sabido
que la mayor belleza
se casa para ver á su marido
hecho un tronco y dormido
con gorro de algodón en la cabeza.
¿Quién comete el estúpido heroísmo
de exponerse á un segundo desencanto
después que ha descubierto con espanto
que sois todos los hombres uno mismo,
y que, por ser tan santo,
es el rezo nupcial un exorcismo
que hace huir al diablillo del encanto?

En fin, á tus deseos obediente,
va adjunto el expediente
de dos ángeles tiernos,
que han hecho en su cabeza santamente
unos viajes de amor á los infiernos.
En las cartas que envió
hallarás las razones
de por qué tan hermosos corazones
vivieron con amor y en el vacío;
y notarás también con qué cuidado
por motivos de honor particulares
he omitido ó alterado
nombres, fechas, sucesos y lugares;
y en cuanto á aquella Sor del velo obscuro
á quien tanto calumnias, te aseguro
que tenía el encanto inexplicable,
de que, viendo lo real abominable,
nunca halló lo ideal bastante puro.
Dejó á un novio, es verdad, mas se adivina
que al faltar por ser monja á un juramento,
no fué por inconstancia femenina.
La causa la sabrás al fin del cuento.
Como á todas nosotras nos fascina,
ó la toca monjil ó el casamiento,
cuando Dios no nos lleva al Sacramento
del viejo matrimonio,
como hizo á Ofelia Hamlet, un demonio
nos manda á las mujeres al convento.
Sólo yo, como escéptica viuda
que en cuestiones de amor de todo duda,
para fijar mi suerte
ni me quiero casar ni gastar toca,
y pues soy, por desprecio al sexo fuerte,
una mujer más dura que una roca,
voy á ver si me toca
ser la excepción de un juicio sin segundo,
hoy que un inglés va recorriendo el mundo
buscando una mujer que no esté loca.

VII

¿Con que estás, según veo,
atacado de reuma y otros males?
Pues ten paciencia, hermano, porque creo
que quien, cual tú, todo lo dió al deseo,
de todas sus fatigas corporales
no debe echar la culpa al jubileo.
El reuma y el hastío que maldices,
son las plagas felices

con que el cielo irritado
castiga á ciertos seres;
Salomón, circundado
de seiscientas mujeres,
todas alegres, dóciles y hermosas,
se retiró del mundo y sus placeres
proclamando la nada de las cosas.

VIII

Y doy punto final, pues no hallo justo
que turbe yo con las tristezas mías
la salud y las viejas alegrías
de un hombre como tú, que está robusto,
y come, y come bien todos los días.
Se me acaba la luz y me despido,
haciéndote saber que á Dios le pido
que le dé, si es posible, más reposo
al hombre que, dichoso,
de pasarlo tan bien, vive aburrido;

mientras yo aquí olvidada,
quedo muy ocupada
en el quehacer plebeyo
de arreglar una funda
á unos muebles del tiempo de Pompeyo
que los perdió con la batalla en Munda.

IX

No olvides que tu letra es un remedio
para este esplín que á ratos me entristece,
y que, á pesar del tedio
que con mis años crece,
cuando veo tus cartas, me parece
que me quito de encima siglo y medio.
Por Dios que al escribir á tu ex futura,
si no me quieres ya, no me lo digas;
pues aunque sea mi mayor locura,
prefiere á tu desdén la sepultura
la más boba y mejor de tus amigas,
Florentina Segura de Segura.

CARTA TERCERA

DE CARMELA Á PABLO

Carta de Carmela, en la cual le participa á Pablo su amante, que ha profesado, mas sin decirle los motivos secretos que ha tenido para hacerlo.

I

Quien tanto te esperó, ya no te espera.
Obedezco al destino, aunque me quejo.
No me preguntes hoy por qué te dejo;
la causa la sabrás cuando yo muera.

II

Ya sé que, al profesar, lleno de luto
el alma de un perfecto caballero
que presente y adora lo absoluto
de lo bueno, lo bello y verdadero.

III

Mas la suerte es más móvil que la luna,
y es quererla fijar empeño vano.
No hay libertad. Todo poder humano,
bueno ó malo, es un golpe de fortuna.

IV

Ya ves que no disculpo mis traiciones,
aunque sé como todas las mujeres
que en materia de amores y placeres
para obrar sin razón siempre hay razones.

V

Respeto mi sagrado juramento.
¿Seré yo la primera que afligida
por miedo á los pesares de la vida
sin tener vocación se fué á un convento?

VI

No me vuelvas á ver, pues sé que quieres
penetrar el dolor que me atormenta,
y el alma es una luz que en las mujeres
á través de su piel se transparenta.

VII

Ya está sin remisión la suerte echada,
pues por causas mejores ó peores
se ha cerrado mi alma á los amores
lo mismo que una iglesia excomulgada.

VIII

Mientras Dios de la vida me destierra,
á tí, dando al olvido mi memoria,
te quedan otro amor, la fe y la gloria,
las grandes ilusiones de la tierra.

IX

No aspire, ciego, á la esperanza vana
de alcanzar la ventura un solo día.
¿No conoces que el mundo algo valdría
si fuera una verdad la dicha humana?

X

Pero ¡ay de mí! mi corazón no alcanza
á desterrar de sí tu pensamiento,
por más que en los umbrales del convento
arrojé á puntapiés á la esperanza.

XI

¡Ilusa! ¿Querrás creer que aunque valiente
entierro en flor las esperanzas mías,
aun pienso que aquel sol de aquellos días
alumbrará mi vida eternamente?

XII

Aun en sueños extática te llamo,
y en todas las ventanas del convento
empaño los cristales con mi aliento
para escribir en ellos: — ¡te amo! ¡te amo! —

XIII

Yo te quise olvidar, y no he podido;
mas tal vez me dé el claustro horas serenas,
aunque corre una sangre por mis venas
más ardiente que el plomo derretido.

XIV

Doy, llorando, la eterna despedida
á nuestro amor de un día, al que reemplazan
las dos eternidades que se enlazan
al principio y al fin de nuestra vida.

XV

¡Cuánto angustia la eterna divergencia
de estas cosas humanas y divinas
que dan grandes batallas submarinas
en el fondo del mar de la conciencia!

XVI

El valor me abandona, cuando veo
que, ni orando, mi espíritu se exalta.
No tengo de la fe más que el deseo.
¿Y la gracia de Dios? Esa me falta.

XVII

¡Que se incline mi espíritu, Dios mío,
del santo amor por la inmortal pendiente,
pues, así como al mar corre la fuente,
la fe es al alma lo que el cauce al río.

XVIII

Vine á buscar la dicha, y es lo cierto
que, presa de ese amor que nunca olvida,
está el rincón que ocupó en esta vida
más triste que un lugar donde hay un muerto.

XIX

Lucho, y lucho con bárbaro heroísmo,
pero, luchando, es mi tortura tanta,
que aparto con las manos ahora mismo
la sangre que se agolpa á mi garganta.

XX

¡Dad ánimo, Señor, á la que tierna
siente en su pecho ese anhelar profundo
que da por una dicha de este mundo
las dichas todas de la vida eterna!

XXI

La acción de mi tremendo sacrificio
ha de ser por los ángeles cantada
hasta después que terminado el Juicio
circule en paz la tierra despoblada.

XXII

¡Adiós! oigo en el templo el *Miserere*.
Voy á pedir por mi eternal reposo,
herida como el héroe religioso
que cae, mira al cielo, reza y muere!